

era grande á sus ojos, vió prepararse de repente un concurso de medios, un conjunto de esfuerzos que le prometian una paz, cuyas condiciones compensarian la tardanza. Asi es, que no dejó de desencadenar á los periódicos de Francia, y á los de que disponia fuera de ella, contra el acto abominable que acababa de indignar á la Europa. Sus ejércitos, sus escuadras, todo en fin, se preparó desde Fontainebleau, y en medio de sus placeres, para una lucha mas vasta y terrible que la que atemorizaba al mundo despues de tantos años.

Napoleon no tenia por otra parte que hacer ningun esfuerzo para dar á la opinion de Europa el impulso que le convenia. Aun en la misma Inglaterra, el atentado cometido contra la ciudad de Copenhague, habia sido juzgado con la mas estremada severidad. En aquel pais grande y moralizado, á pesar de un ministerio indigno, á pesar de un parlamento degradado, á pesar de la pasion del pueblo por los triunfos de la marina nacional, no faltaron hombres honrados, imparciales é ilustrados, que marcaron con un sello de ignominia la frente de los que se habian atrevido á ejecutar un acto tan horrible como incalificable, contra una potencia inofensiva y desarmada. Los señores Grenville, Windham, Addington, Grey, Sheridan y otros muchos, se pronunciaron con vehemencia contra aquella empresa odiosa, que no era, en su concepto, mas que la parodia inicua y funesta de la de 1801; porque la Dinamarca en 1801, formaba parte de una coaliccion hostil á la Inglaterra, y una batalla naval, medio que se empleó para reducirla, era el mas legitimo. En 1807 por el contrario, esta misma Dinamarca se encontraba en

paz, enteramente ocupaba en defender su neutralidad contra la Francia, desarmada con respecto á la Inglaterra, y el medio de reducirla era un atroz bombardeo contra una poblacion inocente. El resultado era, que en vez de disolver una coaliccion de neutrales, se unia estrechamente la Dinamarca á la Francia, se ahorra á ésta la odiosidad de una violencia general en el continente, se tomaba aquella responsabilidad sobre sí, y se cerraba á la Inglaterra el Sund; porque los dinamarqueses iban á cerrarlo, y los suecos se verian obligados á hacer lo mismo. Por último, para compensar tan deplorables consecuencias no se podia alegar mas que el saqueo de un arsenal, y el robo de una escuadra muy vieja, de la que tan solo cuatro navios merecian los gastos de reparos. Tales fueron los ataques dirigidos contra Mr. Canning con una vehemencia bien merecida, á los cuales contestó mintiendo de un modo tan impudente, que no era el mas á propósito para honrar su memoria, restablecida luego por su conducta posterior. No dió mas respuesta, sino que habia logrado saber el secreto de las negociaciones de Tilsit, y que aquel secreto justificaba la expedicion de Copenhague. A lo que se replicaba con razon que se diera á conocer, no el autor de la revelacion, que el gabinete británico aparentando generosidad se negaba á descubrir, sino la sustancia de lo que habia revelado. Sobre este punto, el gabinete no daba mas que contestaciones vagas y confusas, porque no podia dar otras; pues si bien era cierto que en Tilsit (lo que el gabinete británico no sabia sino de una manera muy vaga), la Rusia y la Francia habian prometido unir sus esfuerzos para obligar

al continente á coaligarse contra la Inglaterra, solo era despues de ofrecerla la paz con condiciones moderadas, y sin que tuviese la menor noticia el gabinete de Copenhague, que no era cómplice en aquel proyecto. Habia, pues, en la conducta observada con la Dinamarca, iniquidad respecto á la moral, é ineptitud con respecto á la política; porque el verdadero medio de que aquella potencia se mantuviese neutral, de disponer de su escuadra, de sus marineros y del Sund, era auxiliarla, dejando á Napoleon el cuidado de violentarla.

Sin embargo, á pesar de la reprobacion de los ingleses honrados, un parlamento sumiso á las preocupaciones anticatólicas de la corona y á la exagerada política de Mr. Pitt, aprobó la espedicion contra Copenhague, y por consiguiente la conducta de los ministros, aunque no pudo ocultar el embarazo que experimentaba. Adoptó en efecto la forma de un aplazamiento, diciendo que se juzgaria mas tarde aquel acto, cuando el ministerio pudiese decir lo que se veia obligado á callar en aquel momento. Pero se desechó para siempre toda idea de paz: el gabinete británico que no desconocia la desfavorable impresion que producen en Europa sus últimas violencias, se ocupó en restablecer su crédito en las dos córtes principales del continente, Viena y San Petersburgo. Envió á Viena á lord Pembroke, y á San Petersburgo al general Wilson, para hacer algunas de esas proposiciones que se prefiere comunicar de viva voz, mas bien que por escrito. Hé aqui cuales eran.

A la aparente satisfaccion que el emperador Alejandro manifestaba haber tenido en una guer-

ra señalada por reveses, y á las palabras que habia proferido, que daban á entender que se verian grandes resultados de su alianza con la Francia, se unia su persistencia en ocupar la Moldavia y la Valaquia. Era, pues, evidente para los hombres dotados de alguna sagacidad, que la Francia para atraer á la Rusia á sus miras, la habia prometido grandes ventajas en Oriente, y que singularmente habia lisonjeado su ambicion por aquel medio. El gabinete británico se decidió, pues, sin titubear á hacer los sacrificios que exigiesen las circunstancias, y aunque afectaba defender la integridad del imperio otomano, pensó que valdria mas dar por si mismo la Moldavia y la Valaquia á la Rusia, que dejar que se las diera Napoleon. En su consecuencia, Mr. Wilson, militar y diplomático, personage atrevido y de talento, poco importante entonces para que se temiese desmentirle en caso de necesidad, fué encargado de marchar á San Petersburgo, y dirigir al emperador Alejandro las palabras mas lisonjeras. No llevaba poderes ostensibles, pero Mr. Canning en una conversacion que tuvo con Mr. de Alopeus, ministro de Rusia, le declaró que podia darse crédito á lo que dijese Mr. Wilson. Lord Pembroke, enviado extraordinariamente á Austria, á pesar de hallarse allí Mr. Adair, recibió el encargo de hacer ver á la córte de Viena la necesidad de vivir en buena armonia con la Rusia, y de resignarse á todos los sacrificios que aquella política pudiese acarrear. No se trataba efectivamente de nada menos que de disponer al Austria á que presenciase con sangre fría el que la Rusia se hiciese propietaria de la Moldavia y de la Valaquia.

Lord Gower, embajador en Rusia, y Mr. Wilson, enviado para ayudarle, se esforzaron en persuadir al gabinete ruso, que no debía parecerle mal lo que se habia hecho en Copenhague, porque únicamente se habia tratado de quitar al enemigo comun de la Europa los medios de hacer daño; que mas bien debia regocijarse que irritarse por ello: que se contaba con la Rusia para atraer á la Dinamarca á la exacta apreciacion de los últimos acontecimientos, y que en cuanto á su escuadra, se la devolveria mas tarde si queria adherirse á la buena causa: que por lo demas, sin tratar de constituirse juez de la nueva política adoptada por la Rusia, estaban persuadidos de que volveria bien pronto á la antigua, como la única que era buena, que no se procuraria ponerla de nuevo en pugna con la Francia, en unos momentos en que tanta necesidad tenia de reposo para rehacerse, que verian con placer el engrandecimiento de su territorio y de su poder, porque no habia mas que una especie de engrandecimiento que debia evitarse á toda costa, y era el de la Francia; pero que si la Rusia deseaba la Moldavia y la Valaquia, se consentiria que las adquiriese, siempre que no fuera á consecuencia de una particion de las provincias turcas con el emperador Napoleon.

Las palabras que envolvian mas compromiso, y que solo se queria aventurar con facultad de poderlas retirar en caso de necesidad, fueron dirigidas por Mr. Wilson á Mr. de Romanzoff, que á los pocos instantes se las refirió al general Savary. Las demas las profirió lord Gower con una arrogancia que no era la mas á propósito para destruir

lo que tenian de extraño. Aquel modo tan estudiado de esplicar la expedicion de Copenhague, y aquella comision que se daba á la Rusia para que justificase á la Inglaterra con la Dinamarca, eran con respecto al gabinete ruso, una familiaridad de las mas ofensivas. El emperador de Rusia se resintió vivamente, y mandó que se recibieran con la mayor altivez las proposiciones de la Inglaterra. A la que esta nacion hizo para justificar en Copenhague la ocupacion de la escuadra dinamarquesa hizo que se contestase pidiendo esplicaciones formales sobre el mismo asunto, y exigió de lord Gower que manifestase inmediatamente y de una manera categórica, las instrucciones que hubiese recibido acerca de la propuesta de mediacion que el gabinete ruso habia dirigido al británico. Lord Gower, conocido despues tan ventajosamente con el nombre de lord Granville, pareció salir en aquella ocasion de su indolencia habitual, insistió imperiosamente en que se le hiciese conocer el secreto de las negociaciones de Tilsit, y declaró que mientras no se dijese lo que se habia hecho en aquella célebre entrevista, la Inglaterra se creia dispensada de dar ninguna esplicacion acerca de lo que habia hecho en Copenhague. Con respecto á la mediacion rusa, lord Gower, estrechado á que dijese definitivamente si consentia ó no en aceptarla, contestó altaneramente que nó.

Tal fué el desenlace de las esplicaciones con lord Gower; en cuanto á las proposiciones que estaba encargado de hacer Mr. Wilson, fueron escuchadas sin gran interés por Mr. de Romanzoff como palabras de poca importancia, y despidió á Mr. Wilson aparentando no comprender lo que es-

le queria decir: sin embargo, le habia entendido muy bien, como vamos á ver.

Mr. de Romanzoff, antiguo ministro de Catalina, conservaba un reflejo de la gloria de aquella princesa, habia heredado su grande ambicion, era gran personage, bajo todos conceptos, y en aquellas circunstancias el confidente intimo de Alejandro y de todas sus ilusiones. Ministro de Comercio iba á ser nombrado de Negocios estrangeros, y Alejandro, que buscaba un embajador que pudiese convenir en París, no le habia querido enviar allí, aunque no le faltaba ninguna cualidad para desempeñar aquel elevado empleo, únicamente por conservarle cerca de su persona. El jóven soberano y su anciano ministro deseaban con ardor las provincias del Danubio. La Finlandia, adquisicion mas inmediatamente apetecible, porque era lo necesario, cuando las provincias del Danubio no eran mas que lo supérfluo, no les llamaba tanto la atencion. La Moldavia y la Valaquia estaban en el camino de Constantinopla, y esto era lo que los seducia. Así es, que las hubieran aceptado sin reparar mucho en la mano que se las ofreciera, é impacientes en sus deseos, solo atendian á que el donador fuese capaz de dárselas pronta y sólidamente. Napoleon merecia sobre este particular, toda su preferencia. Efectivamente, ¿de quién en aquella época podia recibirse alguna cosa considerable, como no fuese de Napoleon? Tomar territorio en cualquier parte del continente europeo sin su consentimiento, era la guerra con él, y esto no habia sido hasta entonces ventajosa á nadie. Aun suponiendo que pudiese formarse de nuevo una coalicion general, era una perspectiva poco

alhagüosa la de batallas como las de Austerlitz, Jena y Friedland, y en el estado en que se encontraba el ejército francés, todo encuentro con él, debia tener las mismas consecuencias. Por otra parte, si la Inglaterra, valiéndose de atractivos, habia manifestado favorable disposicion con respecto á las provincias del Danubio, ¿podria esperarse otro tanto del Austria? ¿No existia en San Petersburgo su embajador Mr. de Merfeld, que preguntaba todos los dias á todo el mundo y en alta voz el secreto de las negociaciones de Tilsit, y que decia que si la Moldavia y la Valaquia eran el premio de la nueva alianza, era preciso prepararse á destruir hasta el último austriaco antes de obtener el consentimiento de la córte de Viena?.. No era, pues, de esperar que se formase semejante coalicion para asegurar aquel don á la Rusia. Aquella donacion no podia hacerla, á pesar del Austria, mas que el hombre que la habia siempre vencido desde quince años á aquella parte, es decir Napoleon: y puestos de acuerdo el emperador de Rusia y el de Francia, nadie se atreveria en Europa á oponerse á lo que hubiesen ambos decidido.

Era, pues, necesario persistir en lo que se habia emprendido en Tilsit, y obtener de Napoleon, sabiendo complacerle, la realizacion de las esperanzas á que con tanto gusto se habia prestado en las orillas del Niemen. El precio que impondria á lo que se esperaba de él era muy fácil de conocer. Si continuaba la guerra, intentaria nuevas empresas en Italia, Portugal, y aun quizá en España. En ella habia Borbones, que debian formar con su dinastía un contraste chocante é insoportable par

él. Nada había dicho en cuanto á esto en Tilsit ni en ninguna otra parte: sin embargo, si continuaba aplazada la paz, era fácil preveer que no quedaría ociosa su actividad, y que proseguiría en el Occidente su obra de renovacion, que consistia en destronar á los reyes que componian las alianzas ó el parentesco de la antigua casa de Borbon. Pero la Rusia no estaba de modo alguno interesada en impedir aquel género de empresas. La importaba muy poco que reinase en Nápoles, Florencia, Milan ó Madrid un Borbon ó un Bonaparte. Las ideas introducidas por las nuevas dinastías que creaba Napoleon, no amenazaban todavía la autoridad de los czares. En cuanto á la influencia de la Francia, la Rusia no tenia que sentir su engrandecimiento, si aquella influencia se empleaba en facilitar la marcha de los ejércitos moscovitas hácia Constantinopla. El emperador Alejandro no debia, pues, inquietarse por lo que Napoleon tratase de emprender en el Mediodía y el Occidente de la Europa; antes bien, prestándose á ello, tenia fundadas razones para esperar que Napoleon, le dejase emprender en Oriente cuanto quisiese.

Napoleon podia condescender mas ó menos en los deseos de Alejandro, permitir que avanzase hasta el Danubio, hasta el pie de los Balkanes, y aun hasta el mismo Bósforo; pero lo que menos podia conceder era la Valaquia y la Moldavia. Todo lo que Napoleon habia dicho sobre este asunto, ó por lo menos todo lo que Alejandro creia haber entendido, parecia no ofrecer duda alguna. Alejandro, pensando noche y dia en lo acordado en Tilsit, y Mr. de Romanzoff en lo que aquel le habia referido, se habian habituado á considerar á

la Moldavia y la Valaquia, como el menor de los dones que podian esperar. A fuerza de contar con esta donacion, habian llegado á contraer una especie de saciedad anticipada, y comenzaban ya á concebir nuevos deseos. Desgraciadamente no se habian limitado á este goce secreto é intimo de sus futuras conquistas, quisieron hacer partícipes de él á muchos confidentes, á unos para difundir su satisfaccion interior, y á otros para justificarse de tan brusca transicion de la política rusa. De este modo habian generalizado en derredor suyo la conviccion de que la Moldavia y la Valaquia eran el premio seguro de la nueva alianza, y tenían para desearlo, además de la pasion de poseerlas, la necesidad de no pasar por engañados.

Los últimos acontecimientos, acabaron de confirmar á Alejandro y á Mr. de Romanzoff, en la política adoptada en Tilsit. Puesto que la mediacion no concluia la guerra, era preciso sacar de la guerra, todo lo que Napoleon habia prometido hacerla producir; para ligarle mas, no restaba sino prestarse á lo que desease. Iba á pedir evidentemente que se espulsara á las legaciones inglesa y sueca, y que se marchase sobre la Finlandia para obligar á la Suecia á cerrar el Sund. Era necesario complacerle en todos estos puntos para que consintiese en dejar á las tropas rusas en Moldavia y Valaquia. Cosa singular, marchar á Finlandia hubiera debido ser para la Rusia su mas ferviente voto, porque era el primero de sus intereses (1). No

(1) Los historiadores hacen con demasiada frecuencia pensar y hablar á los personajes históricos, sin poseer ningún medio de conocer ni sus pensamientos ni sus discursos.

obstante, la imaginacion del jóven emperador y de su anciano ministro, se habia dirigido de tal modo por los caminos del Oriente, que marchar sobre la Finlandia, era para ellos un verdadero sacrificio, que hacian únicamente para obtener que se los tolerase en Bucharest y Yassy.

El emperador Alejandro tenia entonces un ministro de Negocios extranjeros bastante insignificante, sin pasiones y sin ideas, confidente desagradable para hablar de cosas que escuchaba con la mayor frialdad: este personage era Mr. de Budberg. Alejandro le despidió y realizó su proyecto de confiar

Yo no me permito referir aquí los pensamientos mas secretos y las conversaciones mas intimas del emperador Alejandro, sino porque para hacerlo, puedo apoyarme en documentos de una autenticidad irrefragable. He dicho en una nota del tomo VII, libro XXVII, que existia en el Louvre, una série de conversaciones de los generales Savary y Caulaincourt con el emperador Alejandro y Mr. de Romanzoff, conversaciones de todos los dias, de una familiaridad y de una intimidad tales, que no me atreveria á reproducirlas íntegras, porque Alejandro referia hasta sus placeres á los dos enviados franceses: que estas conversaciones, escritas en el mismo instante en que acababan de verificarse, referidas con una fidelidad minuciosa, por preguntas y respuestas, pintaban con una verdad asombrosa, lo que pasaba dia por dia, en el ánimo del emperador y de su ministro. En las instancias y en la mal disimulada agitacion de uno y otro, es imposible dejar de distinguir con toda claridad lo que pensaban. Otros documentos auténticos y secretos, como porejemplo, la correspondencia personal de Napoleon y Alejandro, completan este conjunto de pruebas, y me permiten esponer como ciertos los pormenores que refiero en esta parte de mi relacion.

la cartera de Negocios extranjeros al mismo Mr. de Romanzoff. Quedaba en el ministerio uno de los miembros de la sociedad secreta, que durante largo tiempo habia gobernado el imperio; el príncipe de Kotschoubey: era el menos jóven y el mas reservado de todos ellos. Pero testigo de lo pasado, era un molesto juez de lo presente: por otra parte los señores Czartoryski, y de Nowosiltzoff, con quienes vivia, no disimulaban su desaprobacion á la nueva marcha de las cosas. No podia conservarse tan incómodo crítico, y era ademas necesario hacerle una demostracion de desagrado: se le quitó, pues, el ministerio de lo Interior. Mr. de Labanoff, uno de los personages que habian figurado en Tilsit, fué llamado al ministerio de la Guerra, y el almirante Tchitchakoff ocupó el de Marina. Mr. de Nowosiltzoff, recibió la invitacion de viajar. El príncipe de Czartoryski, amigo demasiado particular del soberano, para que la amistad no hiciese olvidar con respecto á él la politica, vió redoblarse el afectado silencio que el emperador guardaba con él, relativamente á los asuntos del imperio. En fin, para la embajada de París, se eligió el personage que parecia mas á propósito para desempeñarla con buen éxito. Alejandro hubiera querido enviar, como ya hemos dicho, á Mr. de Romanzoff; pero apreciaba mas tenerle á su lado. Habia, como gran mariscal del palacio, un señor ruso que era muy adicto; llamábase Tolstoy, y era hermano del general del mismo apellido, militar distinguido por su talento y servicios. Alejandro pensó que este último, por fidelidad á su amo, no procuraria hacerse desagradable en Francia, como Markoff se habia empeñado en serlo.

que por ambicion le agradaria mucho unir su nombre á una política de engrandecimiento, y que por su estado se hallaria contento al lado de una córte militar, la satisfaria á su vez, y la seguiria á todas partes en sus rápidos movimientos. Antes de nombrarle definitivamente, se reservó el sondear á Napoleon, y someterle aquella eleccion.

El general Savary no habia cesado de ser en San Petersburgo objeto de las atenciones de Alejandro, y de la fria delicadeza de la alta sociedad rusa. Aunque no sabia en un principio todo lo que se habia dicho en Tilsit, ni hubiese tenido conocimiento de ello sino por una comunicacion posterior de Napoleon, que quiso informarle para prevenir las fallas que por ignorancia pudiera cometer, habia adivinado prontamente el secreto, y que la Rusia haria cuanto se quisiese mediante la cesion de una ó dos provincias, no al Norte, sino al Oriente. Sin empenar á Napoleon mas de lo que convenia, y sin salirse de su papel, habia procurado hacerse bien quisto en San Petersburgo, y lo habia conseguido lisonjeando con prudencia las pasiones del soberano. Asi es que apenas fueron conocidos los acontecimientos de Copenhague, y las vivas esplicaciones habidas con lord Gower, cuando Alejandro y Mr. de Romanzoff llamaron al general Savary, y con el lenguaje que á cada uno de ellos convenia, le participaron las resoluciones del gabinete ruso.—Ya sabeis por nuestras largas conferencias, le dijo Alejandro, que nuestros esfuerzos por la paz, vienen á parar en la guerra. No me sorprende; pero lo confieso, no esperaba la expedicion de Copenhague, ni la arrogancia del gabinete británico. Mi partido está tomado, y estoy pronto á cum-

plir mis compromisos. En mi entrevista con el emperador Napoleon, calculamos que si debia continuar la guerra, tendria que pronunciarme en diciembre; desearia que no fuese antes, para no sostener la lucha con los ingleses hasta despues de cerrado el Báltico; pero importa poco: me pronunciaré desde luego. Decid á vuestro amo, que si lo desea voy á enviar su pasaporte á lord Gower. Cronstadt está armado, y si los ingleses quieren ensayarse en él, verán que pelear con los rusos, no es lo mismo que habérselas con turcos ó con españoles. Sin embargo, no decidiré nada sin aguardar un correo de Paris, porque no debemos aventurarnos á contrariar los cálculos de Napoleon. Por otra parte, antes de romper, quisiera que mis escuadras hubiesen vuelto á entrar en los puertos rusos. Sea como quiera, estoy enteramente dispuesto á seguir la conducta que mas convenga á vuestro amo. Si lo cree oportuno, que me envíe una nota ya redactada, y se la haré entregar á lord Gower al mismo tiempo que su pasaporte. En cuanto á la Suecia, no me encuentro en disposicion, y necesito tiempo para reorganizar mis regimientos muy mal tratados en la última guerra, y muy distantes de la Finlandia, puesto que es necesario hacerlos marchar desde el Sud al Norte del imperio. Además, en este teatro no es suficiente mi ejército: en los bajíos de los golfos del Norte se usan mucho escuadrillas de remos. Los suecos tienen una muy numerosa: la mia no está aun tripulada, y no quiero esponerme á sufrir un revés por parte de un estado tan pequeño. Decid, pues, á vuestro amo, que en cuanto tenga preparados mis medios, sujetaré á la Suecia; que tengo que esperar hasta diciembre ó

enero; pero que con respecto á los ingleses, estoy pronto á pronunciarme inmediatamente. Soy tambien de opinion que no debemos limitarnos á esto, y que debemos exigir la adhesion del Austria á la coalicion continental de grado ó por fuerza. En cuanto á esto, tambien estoy dispuesto á recibir, para enviarla á Viena, una nota redactada en Paris, porque no hay alianzas á medias, y es preciso obrar en todo de comun acuerdo. Deseo que mi intimidad con Napoleon sea completa, y con este objeto he elegido al conde de Tolstoy. No poseo con abundancia como vuestro amo, hombres eminentes de todas clases. Markoff tenia talento, y sin embargo, todo lo ha embrollado. He dado la preferencia á Tolstoy á todos los demas, porque pertenece á una familia que me es muy adicta, porque es militar, y podrá montar á caballo y seguir al emperador á la caza, á la guerra, ó á donde fuese necesario. Si no conviene, que se me advierta y enviaré á otro; tan grande es mi deseo de evitar toda indisposicion. No se tratará en verdad de obligarnos á batirnos tan pronto; pero dirán á Napoleon que soy débil, variable, que me hallo rodeado por sus enemigos, y que no debe contar mucho conmigo. A mí se me dirá que Napoleon es insaciable, que lo quiere todo para sí, y nada para los otros; que es tan astuto como violento; que me promete mucho, y que no me concederá nada; que me contempla ahora, pero que en cuanto haya sacado de mí lo que desea, me tratará como á los demas; y que separado de mis aliados, á quienes habré dejado destruir, tendré que resignarme á sufrir la misma suerte. No lo creo: he visto á Napoleon, y me lisonjeo de haberle inspirado una par-

te de los sentimientos que á mí mismo me ha inspirado, y estoy seguro de que es sincero. Mas cuando media alguna distancia, y no es posible verse, suele nacer la desconfianza. Que me escriba á la primera duda, á la primera impresion desagradable, ó que me diga por medio de vos ó del hombre de su confianza que haya elegido, lo que le parezca mas conveniente, y todo se arreglará. Por lo que á mí hace, le prometo entera franqueza, y espero otro tanto por su parte. ¡Si pudiese verle como en Tilsit, todos los dias, y á todas horas!... qué conversacion!... qué talento!... qué generosidad!... cuánto ganaria en vivir á su lado!... Qué cosas me ha enseñado en pocos dias... Pero estamos tan lejos!.. Sin embargo, espero visitarle pronto. En la primavera iré á Paris, y podré admirarle en su Consejo de Estado, en medio de sus tropas, y en fin, en donde quiera que se manifiesta tan grande. Pero desde ahora hasta entonces, es preciso que nos entendamos por una persona intermedia, y que hagamos la confianza lo mas completa que nos sea posible. Por mi parte hago cuanto puedo, pero no tengo aqui el ascendiente que Napoleon ejerce en Paris. Vos lo estais viendo; este pais ha quedado muy sorprendido con la mudanza un poco rápida que se ha efectuado. Teme los daños que la Inglaterra puede causar á su comercio: es, pues, necesario satisfacer estos intereses y aplacar esos sentimientos. Enviadnos aqui comerciantes franceses, comprad nuestros pertrechos navales y los productos de nuestro suelo y de nuestra industria, y en cambio tomaremos vuestros productos parisienses: el restablecimiento del comercio hará cesar las inquietudes que las



clases elevadas han concebido por sus rentas. Ayudadme sobre todo á conquistaros el aprecio de la nacion entera, haciendo alguna cosa por la justa ambicion de la Rusia. Esos turcos miserables que en el dia degüellan á vuestros partidarios, que hacen caer al suelo la cabeza del que reputan amigo de la Francia, (lo cual sucedia entonces en Constantinopla, merced á las sugerencias del Austria y de la Inglaterra), esos miserables turcos valen bien poco para mí, y me parece que puestos conmigo en una balanza, los encontrareis de liviano peso. Vuestro amo os habrá sin duda hablado de lo que pasó en Tilsit...—El emperador se mostró al llegar aquí curioso é inquieto. Ardía en deseos de esplicarse con el general Savary, sobre el asunto que mas le interesaba, y al mismo tiempo temia cometer una indiscrecion franqueándose con una persona, que quizás no conoceria el secreto de las cosas. Sin embargo, tenia un nuevo motivo para ser esplicito con el representante de Napoleon. Acababa de firmarse un armisticio entre los turcos y los rusos, por consecuencia de la mediacion francesa, en el cual se estipulaba la restitucion de los buques que el almirante Siniavin habia apresado á los turcos, la prohibicion de toda hostilidad hasta la primavera, y por último, la evacuacion de las orillas del Danubio. En el fondo, solo esta última condicion era sensible para el emperador Alejandro, pero no queria convenir en ella, y se quejaba de un modo general del armisticio que imputaba á la intervencion poco amistosa del ministro de Francia.—No pensaba, dijo al general Savary, en las provincias del Danubio: vuestro emperador fué quien al recibir la noticia de la cai-

da de Selim, exclamó en Tilsit: *¡No puede hacerse nada con esos bárbaros!... la Providencia me dispensa de tener consideraciones con ellos; arreglémonos á espensas suyas!...* He entrado en este camino, prosiguió el emperador Alejandro, y conmigo, Mr. de Romanzoff: la nacion nos ha seguido en él, y este no es demasiado ventajoso para hacerla favorable á la Francia. La Finlandia, á donde me instais que marche cuanto antes, es un desierto cuya posesion no halaga á nadie; hay ademas que quitársela á un antiguo aliado, á un pariente, por una especie de defeccion que hiere la delicadeza nacional, y que suministra pretextos á los enemigos de la alianza. Debemos, pues, buscar en otra parte razones especiosas de nuestra precipitada mudanza. Decidle todo esto al emperador; persuadidle que anhelo mucho menos el poseer una provincia mas, que el hacer sólida y agradable para mi nacion, una alianza de que espero tan grandes cosas... ¡Ah! repitió, si pudiese ir ahora mismo á Paris, todo se arreglaría en una conferencia de algunos momentos; pero no me es fácil efectuarlo hasta el mes de marzo.—Al proferir estas últimas palabras, el emperador Alejandro preguntaba al general Savary con la mas viva curiosidad, si no habia recibido nada de Napoleon, y si no sabia sus proyectos y sus resoluciones con respecto al Oriente y al Occidente.

El general Savary tuvo gran destreza y cuidado en no desanimar al emperador Alejandro; le dijo con razon que no podia saber todavía los grandes pensamientos del emperador Napoleon, con motivo de la continuacion de la guerra, pero que seguramente haria cuanto pudiese por contentar á